5- Llegué a Blesle, de “les Plus Beaux Villages. Los altos del Château de Léotoing y Auzon entre el Allier y el Livradois. Dejé el Haute Loire y acometí el recorrido por el departamento de Puy Dôme visitando: Nonette en lo alto de un puy. Boudes y un paseo por su naturaleza y la fortificada Mareugheol en el País de Issoire.

BLESLE

Abandoné las alturas de la Chapelle de Sainte Madeliene y me dirigí al río Alagnon. Siguiendo su curso me adentré en el frondoso valle del Alagnon y en la confluencia de otros dos ríos, el Voireuge y del Merdan, el letrero de “Les Plus Beaux Villages” anunció mi llegada a Blesle. En ese instante el mundo se volvió vívido, deslumbrante y lleno de promesas. Hacía mucho calor, el sol de la tarde radiaba con fuerza y un cielo azul se extendía sobre la ciudad como un océano sobre el cual se elevaban tejados, campanarios y torres.

En un estacionamiento mixto, a la entrada del pueblo, había un aparcamiento reservado para autocaravanas 45.31736 – 3.17423, sin servicios pero con mesas de picnic. Aquí el rumor del río se escuchaba claramente y era un lugar ideal para disfrutar de una atmosfera tranquila. Salí inmediatamente al pueblo y en seguida, en las callejas, me encontré con las trazas de un pasado medieval en un pueblo en medio de la campiña.

RUE DE BARDINOU
MUSÉE DE LA COIFFE
OFFICE DE TOURISME

Entorno a las calles solitarias los edificios parecían querer tocarse con los tejados, echándose uno encima del otro, y reinaba el más absoluto de los silencios hasta el punto de que podía oírse el ruido que hacían los pasos sobre el asfalto. Protegido por las colinas circundantes y a orillas de un río de aguas apacibles, Blesle es una joya desconocida para las grandes rutas turísticas francesas y cuya grandeza pasada se refleja en su arquitectura con casas de piedra y basalto, torres, campanario y murallas. El pueblo era un viaje en el tiempo ya que gracias a su aislamiento se ha preservado de los cambios.

El centro histórico se recorría y visitaba perfectamente, dando un paseo al alzar por sus callejones. Calles que revelaban casas entramadas y piedra, que una vez fueron el hogar de artesanos y comerciantes, pequeños patios o estrechos y encajonados pasajes bordeados de casas medievales con sus puertas y ventanas maravillosamente talladas. El pueblo se halla rodeado de restos de murallas, varias puertas y casas que construidas en los muros; lo que creaba un ambiente arcano, fresco y sombreado.

Del pasado medieval de Blesle destacan altas torres de construcción militar y religioso. La torre de los Mercoeur, también llamada torre de los veinte ángulos, es un imponente torreón del s.13 que, junto a un muro y una reconstrucción del s.18 del castillo, eran símbolo del poder de la familia Mercoeur. El campanario, último elemento de la iglesia de San Martin del s.14 desmantelada por la revolución, se asemejaba a una construcción militar con su proximidad a los muros originales de Blesle y las cuatro torres defensivas que todavía conserva.

En un pico rocoso se alzaba la torre de vigilancia de Massadou, erigida en el s.12, y destinada a proporcionar una visión del valle circundante. Desde este lugar tenía a mis pies el laberinto de callejas que rodeaban las torres y la iglesia abacial de San Pedro. El sol resplandecía sobre los campos que cercaban la población y bordeaba las casas, ceñidas con alegres manchas de luz.

El pueblo de Blesle fue construido alrededor del monasterio, del que todavía se puede distinguir muy claramente el diseño de la carcasa claustral. Entre las joyas arquitectónicas de la ciudad medieval figura la iglesia abacial del monasterio de Saint Pierre, cuyas partes más antiguas de estilo románico datan del s.12. Era de discreto tamaño y una rica decoración esculpida en sus paredes exteriores. La restauración interior ha descubierto murales de gran riqueza y tonos multicolores en sus muros, tribunas, capiteles y columnas, las cuales conservan vestigios de siglos pasados. Al lado se veía la amplia base del campanario desaparecido durante la revolución. Es lo que le da la peculiaridad a Blesle, la de tener una iglesia sin campanario y un campanario sin iglesia. El de la desaparecida San Martin.

Es a partir del s.9 cuando se crea la abadía benedictina de Saint Pierre y en ese momento es cuando el pueblo de Blesle se desarrolla a su alrededor. El poderoso monasterio pronto se enfrenta en el s.11 con las ambiciones de los barones de Mercoeur, que habían construido el castillo fortificado. Este conjunto de intereses provoca muchos conflictos entre las dos autoridades, religiosas y seculares. Las abadesas también reclaman su cuota de poder temporal y del que solo irán renunciando progresivamente a partir del s.16. Mientras tanto la aldea disminuye su prosperidad, antes del fin del s.18, quedando el pueblo detenido en la historia.

Después de explorar el centro histórico me aproximé a disfrutar de las pintorescas orillas del río Voireuge, donde un camino cercado de hierba circulaba paralelo al riachuelo, que entre borboteos y chasquidos atravesaba los pequeños puentes en una atmosfera bucólica. Entre sus puentes destacaba un pequeño puente arqueado de piedra, era encantador, con la imagen del hospital del s.16 en un extremo y los lavaderos tradicionales a orillas del río. Desde este paseo se contemplaba el paisaje desde un ángulo diferente, el de un pueblo conservado entre colinas y en el corazón de una naturaleza verde.

Y aquel atardecer, después de cenar y con el pueblo disfrutando de los últimos rayos de luz, di un paseo por las callejuelas hasta la orilla del Voireuge. Llegó la noche y el aire se cargó del olor de la naturaleza y se respiraba muy bien.

1827
7 8 9 10 11 12 1 2 3 4 5
EN REGARD
ANT L'HEURE
QU'IL EST
PENSE A LA
MORT ET
TE TIENS PRET.

CHÂTEAU DE LÉOTOING

No me fui a dormir hasta pasadas las 12 y cuando desperté, me impresionó el silencio que reinaba. Salí a visitar, con el sol de la mañana, la población de Blesle. Era por la mañana, muy temprano, el frescor que flotaba en el aire confería una centelleante nitidez a todo y descubrí nuevas perspectivas de un lugar, que a esas horas, estaba totalmente vacío.

Ya, de vuelta a la carretera, continuaba por la D 909 que circulaba paralela por la margen derecha del Alagnon. La carretera, rodeada de un paisaje de rara belleza en una naturaleza omnipresente y calmante, subía a un afloramiento rocoso y estacioné a la entrada de lo que parecía un pueblo, con unas pocas casas a ambos lados. Para llegar a la antigua fortaleza había que cruzar una puerta fortificada y detrás de la puerta de piedra, cuidadosamente labrada, se levantaban bruscamente los muros del castillo de Léotoing, que con su recortado perfil era un testigo de siglos pasados en los que vigiló las principales rutas de la región.

Quedan todavía importantes restos del s.14 y observaba, desde su muralla, la llanura del Alagnon que se extendía a mis pies en aquella mañana tórrida. A lo lejos, en el horizonte, se admiraban el parque natural del Livradois, la meseta de la Chaise-Dieu o las montañas de Velay. La guía-libro me informaba que la visita era libre a sus bucólicas ruinas, pero una verja me impidió el acceso al interior y un letrero avisaba de su peligrosidad. En los prados, que se extendían al pie de los muros, las laderas estaban dispuestas en terrazas de piedra y un camino descendía hasta el fondo entre plantaciones agrícolas y medicinales. Un recuerdo de cómo fueron en el pasado los sembrados medievales.

En la primera mitad del s.13 los señores de Leoting erigieron una torre en el borde del espolón rocoso, ofreciendo una defensa natural y garantizando así el control del valle. El feudo se le otorgo, por orden real, a la familia Dauphin que eran condes de Clermont; siendo esta familia la que alrededor de 1365 reforzó las defensas para disuadir cualquier posible ataque. Era la época de la Guerra de los Cien Años y los grupos de mercenarios ingleses ocupaban la zona de Brioude. Junto a sus construcciones defensivas comenzaron la construcción de un cuerpo de viviendas palaciegas y los anexos de bodegas, cocinas etc. A finales del s.16 el castillo, en muy malas condiciones, poco a poco cayó en desuso y fue vendido como propiedad nacional durante la Revolución Francesa, sirviendo de cantera para los habitantes del pueblo.

AUZON

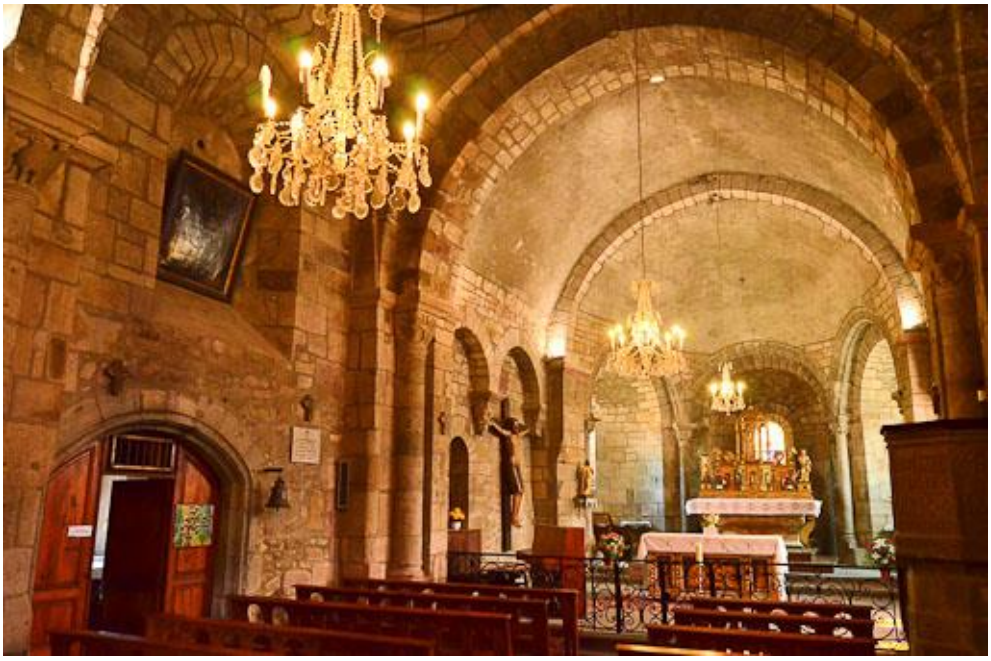
Auzon sería mi última etapa del recorrido por el Haute-Loire. Cuando llegué al pueblo el sol casi había alcanzado su punto más alto y las llamas del astro ardían con fuerza en la tarde de verano. Hacia lo alto se veían sus murallas, fortificaciones y un camino que me conducía a la puerta Brugelet- o de las brujas- del s.15. Subía por una cuesta, en sinuosas curvas cerradas, con la mente puesta en un lugar lejano que pertenecía a otro tiempo y a otro espacio. Además con sus callejuelas empedradas, sus antiguas casas de piedra y sus jardines colgantes el paseo me resultaba especialmente agradable. Las terrazas y el paseo estaban vacías de gente.

Al llegar a la plaza la escena, que se me presentó ante la vista, me dejo fascinado con las casas de dos plantas que se levantaban alrededor de una plaza irregular y en el punto más alto elevándose la iglesia Colegiata de Saint-Laurent; que era una magnifica efigie de arquitectura arcaica del s.12 y una joya de arte románico. Esta iglesia benedictina está flanqueada por un imponente porche con capiteles esculpidos y unas magníficas vistas de la plaza, donde solo los coches ensuciaban esta atmosfera tan inmaculada.

Al entrar en la iglesia la encontré fuertemente iluminada y caminando sobre las baldosas milenarias, bajo una arquitectura sencilla de columnas y bóvedas, contemplaba las joyas de la imaginería católica. Estatuas de piedra del s.15, un relicario románico de madera policromada del s.12 y pinturas de los s.13 al 16.

Visitada la capilla, lo esencial de Auzon fue caminar por las pintorescas calles empedradas del centro histórico: el mercado del s.12, los restos de sus murallas o del castillo, torres o callejones estrechos y el camino de ronda con vistas a una exuberante campiña verde.

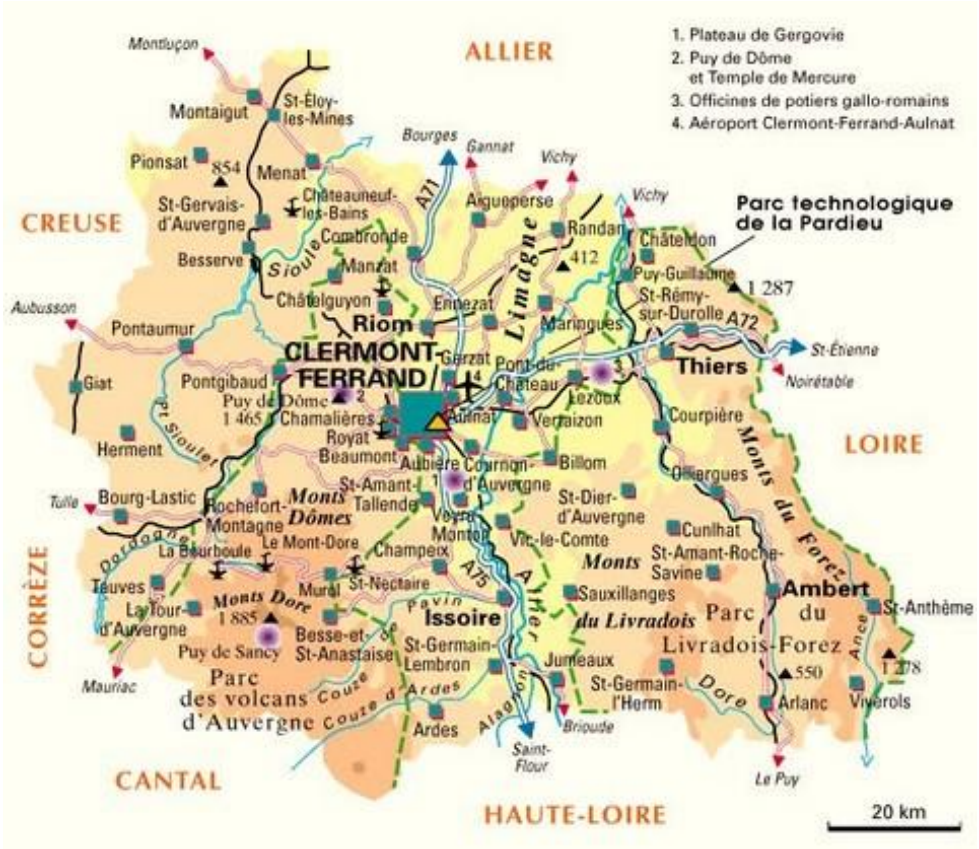
La muralla, cerca del castillo, se reconstruyó parcialmente en el s.15 para defender el lado norte del pueblo. Se edificó un muro para proteger el lado sur, que era vulnerable a dar a la llanura. Este muro tenía varias torres y una enorme puerta fortificada, que lleva el nombre del cercano distrito de Le Brugelet.
Una vez fortificado Auzon disfrutó de una rápida recuperación económica, y en 1410 se le concedió el derecho de celebrar un mercado y una feria. Sin embargo, la ciudad perdió su estatus de "ciudad real" cuando a finales del s.16 el señorío de Auzon pasó a la poderosa familia de Polignac. El castillo fue abandonado y convertido en una cantera de piedra. En 1639 los Polignac fundaron un monasterio benedictino en su lugar.



En la región se encuentra un vasto yacimiento de carbón, explotado desde finales del s.15, y muchas de sus minas se abrieron durante el s.18; al carbón se asociaron numerosas fábricas de vidrio y de ladrillos. Esta riqueza industrial se tradujo en una expansión demográfica significativa y apareció el tradicional "obrero-campesino de Auzon" que después de completar su trabajo en la mina, regresaría a casa para cuidar de su pequeña finca familiar.

Las colinas que rodeaban al pueblo se hallaban, en aquella epoca, completamente despejadas y con las laderas plantadas de viñedos, jardines, huertos y prados para el ganado. Luego vino la Primera Guerra Mundial y la despoblación, que siguió a estos trágicos años, llevó al pueblo a un largo período de declive. Y es lo que veía ahora, una población parada en el pasado y preservada del progreso.

PUY DÔME



Al norte se encuentra el departamento de Puy-de-Dôme, que toma su nombre del famoso volcán de la Cadena de Puys, y alberga dos parques naturales: el Parc Naturel Régional des Volcans d'Auvergne y el Parc Natural Regional Livradois-Forez. Este último, situado al este de Puy-de-Dôme, es un enorme territorio forestal salpicado de aldeas escasamente pobladas y menos frecuentado que los famosos volcanes al oeste.

Además, de sus esplendidos paisajes conservados, el departamento de Puy-de-Dôme tiene la particularidad de estar rociado de un interesante patrimonio cultural lleno de pueblos típicos a lo largo del Allier: muchos castillos, un conjunto de iglesias románicas increíbles, así como las interesantes ciudades de Clermont-Ferrand, Thiers o Riom. Uno de los volcanes más famosos es el Puy de Dòme y desde su cima, a casi 1.500 metros de altitud, tuve una fotogénica estampa del manto verde de vegetación que ha ido recubriendo a lo largo de los siglos las decenas de conos volcánicos. Dispuestos de norte a sur, la cadena volcánica tiene una extensión de 30 kilómetros y lo conforman 80 volcanes, alineados de forma increíble, sobre una meseta de onduladas formas en un mar verde que dan a la región esa imagen bucólica y salvaje.

Continuando hacia el sur, y atravesando la cadena volcánica, conducía rodeado de magníficos paisajes y visitaba lugares bellos de crestas o picos redondeados, lagos de cráteres, cascadas de agua e iglesias románicas. Una vez alcanzando el Macizo del Sancy, con sus ciudades balneario de arquitectura Belle Epoque, me sedujeron una serie de travesías por lagos y montañas, así como una bella ascensión al Puy de Sancy. Cruzando el Col de la Croix Saint Robert, y rodeado de reservas naturales, aparecía la magnífica población de Besse. Un bello recorrido circular por dos valles, atravesando pequeños pueblos colgados en desfiladeros y montaña, me llevaron a la iglesia románica de St Nectaire, el castillo de Murol, el lago Chambon, el lac Pavin, la tour d'Auvergne con otra ascensión al Sancy. Descendiendo de la amplia meseta herbosa, llena de grandes lagos, hasta alcanzar el río Dordogne y el castillo de Val.

NONETTE

Auzon se hallaba en las estribaciones del Forez Livradois rodeada de un relieve escarpado y boscoso, pero al abandonar la aldea el paisaje se suavizaba. El valle se ensanchaba para ofrecer una campiña de llanuras en un corredor, que va de sur a norte, marcando un límite entre los paisajes aislados de los volcanes del Puy Dôme, las montañas Cézallier y el parque natural de Livradois. El río Allier, que había abandonado en Brioude, recorre este amplio valle al igual que la autovía A75 que estropeaba la salvaje naturalidad de esta tierra. Al sur de Issoire franqueé pueblos que tenían nombres de lo más románticos, pueblos curiosos, poco a nada turísticos pero que conservaban la esencia tosca de este territorio.

La carretera me llevaba por tierras llanas y pastizales o cultivos la cercaban. En el horizonte aparecía solitario un pitón alto, empinado, terminado en punta y destacando sobre la planicie de alrededor. Una estrecha carretera subía al pueblo de Nonette que envolvía el pitón volcánico y se extendía en una cresta con vistas al valle del Allier.

Entre las casas vitícolas, burguesas o de oficios, destacaba la iglesia de Saint Nicolás que era en parte románica y en parte gótica y originalmente dependió de un priorato benedictino. El edificio era de poca altura y debajo del original campanario se hallaba un espléndido portal románico tallado en piedra; la oscura y sencilla nave también conserva esculturas románicas y murales en sus paredes.

El pueblo de Nonette está dominado por un Puy volcánico que se eleva a 578m. Enfrente de la catedral había una amplia plaza con un pozo y poco más allá llegué a una calle, en el límite de la ciudad, donde un sendero subía alrededor de la montaña e iba a parar a la cima, donde me esperaría una panorámica de la pradera en toda su extensión. Subiendo por la cuesta, el sol caía con fuerza sobre mi espalda y el sudor empezaba a resbalar sobre la frente, al tiempo que caía por las axilas. La cima era una pequeña plataforma dominada por una cruz de hierro; la vista era impresionante y hermosa sobre el valle del Allier con el río y las áreas de cultivos que daban la impresión de ser ajardinadas. Un camino permitía dar la vuelta a la cima y contemplar, a lo lejos, las montañas Dore, el Cantal, el Cezallier, el Livradois y la cordillera de Puys con el Puy Dôme al fondo. Además todavía se pueden admirar algunos restos del castillo que coronó la cima en el s.14, y que el duque de Berry transformó en una suntuosa residencia inexpugnable y que fue destruida por orden del Cardenal Richelieu.

BOUDES

Me interné por una carretera desierta que circulaba al lado del río Boudes y el pueblo apareció ubicado y protegido de los elementos por elevaciones montañosas, en el corazón de un pequeño valle. Un gran parquin señalaba el acceso al “Vallée des Saints”. Usaría este lugar para visitar el pueblo, pernocta y un paseo por el valle.

El aire olía a tierra agrietada, bosque seco y al polvo rojo que en esos días tórridos se posaba en todas las partes. Paseaba por las calles adoquinadas y casas antiguas, inmersas en el corazón del pasado, donde sus intrincados callejones lucían vacíos, espartanos con sus muros ajados y con aspecto de total abandono. Pero de construcciones sólidas. Como imágenes de antiguas fotografías, nada había cambiado. Sumergido en un silencio absoluto aparecían los restos de puertas, pasadizos del antiguo fuerte poligonal y las ruinas de un calabozo con los restos de la chimenea tallada en su pared.

HOTEL

Boudes es mencionado por primera vez en el s.11 y se desarrolló en el periodo medieval, lo que explica la estrechez de los callejones. Durante la guerra de los Cien años un recinto protegió el primitivo núcleo organizado alrededor de la iglesia del s.12. Una estructura defensiva que vería en otros pueblos de esta zona.

Este pueblo, con aspecto de abandono, es conocido por su vino producido en sus laderas y uno de los más famosos de Auvernia. Muchas de las casas deslucidas eran las bodegas de los enólogos de Boudes y que muestran que la tradición y sus cultivos siguen siendo relevantes hoy en día.

Del parquin partía el sendero que conducía al “vallée des Saints”. El lugar estaba bien señalizado y con paneles informativos. Muchas personas, venidas en sus vehículos, recorrían el lugar buscando la frescura y la tranquilidad en una naturaleza verde y todavía salvaje.

El camino, que separaba el curso del río y la población, subía por una ladera boscosa y arbolada alternando bosques con zonas yermas salpicadas con bloques de arenisca roja y helechos, hierbas altas, maleza espinosa e islas de brezales. Arriba del todo, y en una amplia meseta, aparecían amplias plantaciones y granjas diseminadas en un horizonte interminable. Al fondo se distinguían las elevaciones de los volcanes del Dome. Fueron unas 2 horas de un hermoso recorrido.

La ruta, de unos 6 km, permitía descubrir las diferentes formaciones geológicas y coloridas de verde del bosque y el rojo de las rocas, producto de la oxidación de los minerales que contienen. El lugar aparecía lleno de extraños picos de tono ocre y rojo, esculpidos por la erosión, cuyas siluetas de 10 a 30 metros evocan una procesión de monjes. De ahí el nombre de “Valle de los Santos”.

MAREUGHEOL

Una pequeñísima carretera me llevaba por la llanura de “la Limagne”, al poco apareció la población en una hondonada rodeada de campos y cultivos. Estacioné en la plaza central, que era preciosa, donde un antiguo lavadero gorgoteaba plácidamente adornado con multicolores flores. Mis ojos sobrevolaron el pueblo que se elevaba enfrente, luego volví a mirarlo con creciente sorpresa. El sol, con un cielo despejado y azul sobre mi cabeza, iluminaba las murallas que rodeaban el pueblo y los tejados, arrancando tonos dorados.

Penetré en su interior por una de sus antiguas puertas y al principio me llevé una gran decepción, pues lo único que acertaba a vislumbrar eran calles ruinosas donde parecía no haber nadie, y un ambiente de abandono que era total con callejas que olían a cerrado y moho. La maleza crecía entre las piedras y por los rincones abundaban las zarzas. Pero según pasaba por estas lóbregas calles, envueltas en una atmosfera de silenciosa decadencia, advertí que aquellas antiguas construcciones me hablaban de poderío y permanencia. Era un pueblo aislado con viejos fantasmas y capas de historia.

No había nadie en esas estrechas calles y paradójicamente el descenso de la población es una de las razones por las cuales éste y otros pueblos se han guardado detenidos en el tiempo. Conservaba sus fortificaciones con las cuatro torres y un interior de estrechos callejones medievales que se organizan, como un laberinto, alrededor del denso caserío del antiguo pueblo.

Entre otros edificios destacaba la iglesia de Sainte Couronne. De arquitectura románica fue construida a partir del s.12, siendo la capilla de los señores de Villeneuve-Lembron (que luego visitare) y hasta la revolución albergó un capitulo de 14 monjes que residían en una mansión fortaleza anexa a la iglesia.

En los siglos XIV y XV conflictos dinásticos, así como la Guerra de los Cien Años, recorrieron esta región aterrorizando a las poblaciones y acrecentado la inseguridad en esta zona aislada. Fue en este contexto que a finales del siglo XIV los Mareugheolois levantaron la fortificación, construida de basalto, que encerró unas sesenta casas detrás de altos muros, así como la iglesia. El recinto, en forma cuadrangular, está flanqueado por cuatro torres redondas y cuatro puertas. La entrada principal, ubicada en el sureste, fue defendida por torreones, mientras que las otras tres puertas fueron abovedadas y con pasajes estrechos fáciles de defender en caso de un ataque.

Actualmente hay un proyecto de salvar y mejorar la aldea de Mareugheol, cuyo objetivo es la restauración de este valioso patrimonio. El proyecto se está realizando con suscripción popular y el camino ya se ha iniciado con la restauración de una parte de las murallas y torres. Puede que en el futuro la aldea de Mareugheol se transforme en una de las más bellas de Francia.